

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA EN LA POSTMODERNIDAD

Fernando J. García Selgas
Universidad Complutense

Este trabajo resume y presenta de forma desnuda, es decir, simple, directa y arriesgada, el primer argumento de un libro que llevo preparando bastante tiempo. El objetivo general es estudiar las condiciones, los medios y las posibilidades con que hoy cuenta un pensamiento científico sobre las realidades sociales que mantenga el espíritu crítico. Aquí me limitaré a presentar las profundas dificultades que encuentra esa teorización social crítica y las principales vías que se han abierto para intentar mantenerla viva en ese espacio-tiempo llamado postmodernidad.

En este sentido quiero aclarar que, aunque no coincida con los programas de Baudrillard o Lyotard, por ejemplo, y no niegue que nuestra sociedad sea también postindustrial (Bell, Touraine), neotecnológica (Richta, Castells), del riesgo o la contingencia (Beck, Luhmann), tardo-moderna (Giddens, Habermas), del consumo y la comunicación (Jameson, Ibáñez), etc., si prefiero hablar de sociedad postmoderna es por tres razones principales: porque involucra directamente el quehacer de las ciencias sociales; porque implica realzar la situación de post-ilustración o disolución de los supuestos ilustrados; y porque refuerza una caracterización que no adelanta, sino que cierra, que no empieza nada, sino que marca un final, y nos conduce a un dilema, paradoja o contradicción profundamente enraizados en nuestra forma de vida y que no pueden ser simplemente sorteados o “solucionados”.

Espero que lo que se pierda en capacidad de matización y de ajuste a la complejidad reinante sirva, sin embargo, para clarificar, concentrar y hacer más accesible la propuesta que quiero presentar¹.

1. - Una primera versión de este trabajo se preparó en la Universidad de California en Los Ángeles, durante una estancia parcialmente financiada por una beca de la Fundación Del Amo, concedida por la Universidad Complutense, y se presentó allí en Mayo de 1999. A los comentarios que entonces se hicieron, así como a los recibidos durante su presentación en el encuentro organizado por la Duke University en Madrid (en Marzo de 2000), debo importantes sugerencias, que aquí agradezco.

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

1. De lo que fue y ya no puede ser

Partimos de que tanto la teorización social cuanto los ámbitos en que se ha desplegado la actividad crítica, esto es, el conocimiento científico, la práctica política y la actividad estética, son parte integral de la Modernidad y han estado sostenidos sobre los supuestos (modernos) de la centralidad del sujeto, la razón universal y el ordenamiento histórico-emancipatorio.

El nacimiento de las actuales CC.SS. se hizo posible, en gran medida, por la creencia general en el carácter histórico, esto es, teleológico y transformable, de la realidad humana. Su desarrollo tuvo como idea guía el cruce de dos grandes creaciones de la occidentalización renacentista del pensamiento: la ciencia (explicación racional y control de la realidad) y el humanismo (preeminencia del conocimiento y defensa de las vidas humanas). Si aquella creencia requiere de la existencia del proceso histórico mismo, estas dos ideas guía han estado sostenidas sobre la suposición de que existe un sujeto centrado y central (activo y accesible, creativo y responsable) y una razón universal (orden cósmico, eventualmente accesible a la mente racional).

Durante toda la modernidad esos supuestos han estado articulados, legitimados y alimentados por la idea de progreso. Resulta relativamente claro que la valoración de lo nuevo, como principio de innovación e invención y la provisionalidad del conocimiento constituyen la lógica de la actividad y la vocación científica (Weber). Más claro aún es en el caso de la práctica política, en la que las utopías no han dejado de guiar, alentar y legitimar a la mayoría de los movimientos (desde el Tomás Moro renacentista hasta el Che Guevara de los 60 por lo menos). En el arte, el Renacimiento trajo, revestido de vuelta al clasicismo, el principio de creación y de innovación como criterio de valor: cambio en la perspectiva, en el objeto, en la visión, etc. Y de aquí hasta las vanguardias de la primera mitad de nuestro siglo la novedad no dejó de ser criterio de lo valioso.

La cuestión es que hace ya algún tiempo que aquellos tres supuestos, así como la idea de progreso, sobre la que se anudaban, se han ido desbaratando hasta hacerse insostenibles, al menos como bases para la teorización o para la actitud crítica.

El supuesto de una razón universal accesible se encontró los problemáticos resultados de la jaula de hierro weberiana y la dialéctica de la ilustración frankfortiana. Pero el principal desencantamiento provino del mismo sueño formalista (el teorema de Gödel), del lado oscuro de las narrativas generales o metanarrativas, del conocimiento frío y mortecino que su búsqueda produjo, etc. Muy gráficamente el escritor norteamericano Kurt Vonnegut expresó este desencanto al afirmar: "Comencé a tener mis dudas sobre la verdad desde el momento en que la arrojaron sobre Hiroshima". Las investigaciones de la Sociología del Conocimiento Científico y los estudios postestructuralistas y postwittgensteinianos sobre las bases sociales e históricas de las diferentes racionalidades y discursos hicieron realmente difícil el seguir hablando de una razón universal o simplemente de universalizar la razón.

El supuesto de una historia general, de una narrativa común, requiere un punto teleológico de referencia en el tiempo (sea éste la creación divina en el pasado o cualquier utopía en el futuro) y un espacio social discursivo (sea el Mediterráneo o el Atlántico Norte). Pero las críticas sobre el etnocentrismo de estos discursos y sus narrativas totalitarias, por un lado, y el final de las líneas de progreso claro y continuo en el arte, en la moralidad o el derecho y en la ciencia, así como el final de utopías generales, por otro, borraron todo tipo de punto general de referencia. Podemos ver expresada esta problemática situación en la difícil tarea de encontrar un nuevo discurso para la historiografía contra la imposición actual de la amnesia. El episodio del enfrentamiento entre la historia nacional y las historias nacionalistas de España, que llevamos viviendo desde el reciente informe de esa vetusta institución moderna que es la Academia Nacional de la Historia, es una muestra esperpéntica de ello.

La desconstrucción de la posición central otorgada al sujeto es el final de las filosofías de la conciencia. Aquí no es relevante si se está pensando en la conciencia individual o en la concien-

cia de clase. Ambas están sometidas a un proceso histórico y teórico de descentramiento y fragmentación. El problema no es sólo que la evidencia postcolonial de que son concretos y específicos los poseedores de esa (supuesta) conciencia centrada, esto es, que es el hombre blanco burgués de mediana edad o la clase trabajadora (mayoritariamente blanca y masculina), haga imposible que el sujeto pueda jugar el papel universal y central que se le otorga. A ello hay que unir los estudios que muestran diferentes formas de construcción histórica de las subjetividades (de Hegel a Foucault); la determinación dialógica del más privado mundo mental (Freud, Lacan); la construcción social de la auto-identidad, la mente y el conocimiento, incluso en la ciencia (Latour, Haraway). Perdido el sujeto, nos hallamos buscando algún tipo de agente.

Por último, lo nuevo como eje de valor, esto es, la noción de progreso, se ha ido diluyendo en cada uno de los tres ámbitos en que se subdividió y atrincheró la modernización occidental y en los que se ha desplegado la actividad crítica. En el arte el modernismo (de Baudelaire a las neovanguardias de los sesenta, con la presencia contundente del estilo internacional en arquitectura) fue desarrollando la perfección técnica y la finura formal hasta ensimismar la actividad artística. La única posibilidad parecía el pastiche, que mezclara distintos estilos antiguos, o la vuelta al valor de lo corporal y lo material (Bacon, Barceló). Siguiendo ese camino y acentuándolo con la ruptura de separación entre cultura superior y cultura de masas y con la eclosión de la fragmentación, el postmodernismo (de finales de los 70 a los 90) hará que la novedad desaparezca como criterio dominante de valor.

En el caso de la práctica política, los movimientos de los 60, juntos con los tanques de Praga, sirvieron para evidenciar la renuncia al futuro que se avecinaba. Ciertamente los estudiantes en París y en Berkeley, como en Praga, daban sentido a sus acciones por referencia a una cierta utopía. Pero con la crisis del 73, fin del sueño desarrollista ilimitado (petróleo) y el movimiento anti-colonial que rompía la universalidad del discurso y de los futuros, desapareció la iluminación del horizonte utópico. Así lo expresaron el movimiento *Punk* (el *No future* de los *Sex Pistols*), los indios metropolitanos de la Italia de los 70, etc.

En resumen, sobre la crítica a la razón instrumental que planteó la Escuela de Frankfurt, y las evidencias de Auschwitz e Hiroshima, se añadieron otra serie de elementos que despojaron a la actividad teórica de su sueño de posibilitar una construcción racional de la sociedad y de su relación con el entorno. Entre tales elementos podemos recordar los siguientes: el señalamiento psicoanalítico de la irracionalidad y dependencia del supuesto sujeto autónomo; las múltiples críticas (epistemológicas, políticas, etc.) a las nociones tradicionales de objetividad, razón y verdad, que mostraban que la naturaleza del conocimiento está más próxima a la construcción social y al poder que a la representación especular; la deslegitimación de las narraciones totalizadoras sobre la evolución humana; la argumentación wittgensteiniana sobre la determinación práctica y social de toda norma y modelo de significación, esto es, la historicidad del decir y del conocer; y la explicitación de los mecanismos sociales e históricos que constituyen la matriz disciplinar de cualquier ciencia (de Kuhn a Latour). La actividad científica queda así descabalgada del hilo del progreso continuo y lineal, contextualizándose en distintos marcos histórico-sociales, con diferentes criterios de valor y valoración, y puesta en conexión directa con otros discursos como el literario y el político.

Lo que nos queda es la fragmentación fundacional o la imposibilidad de encontrar un fundamento único y estable y la posthistoricidad o fin de la posibilidad de una reconstrucción crítica y unitaria de la historia con intención práctica.

2. Repercusiones para la teorización social (crítica)

Cojamos el hilo que cojamos de esa madeja que es el proceso de emergencia, consolidación y agotamiento del proyecto moderno encontramos a las ciencias sociales enredadas en él como resultado y como motor. Es igual que nos fijemos en la constitución del sujeto revolucionario, en la ordenación del tiempo social o en la construcción de la conciencia burguesa. Las ciencias socia-

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

les han estado cada vez más imbricadas práctica y políticamente en la determinación reflexiva de la sociedad y en su mediación en los canales de comunicación, hasta el punto de que se ha dicho² que la Sociología es la ideología de nuestra época, así como la Historia lo habría sido del siglo XIX y la Filosofía del XVIII.

Al igual que la modernidad (en el derecho y la economía, en el arte y en la moralidad) puede entenderse como el despliegue de la subjetividad (de esa subjetividad burguesa y de su reflejo especular en la subjetividad colectiva del partido-vanguardia) mediante la oposición entre sujeto y objeto y la separación y conquista de los otros (lo que somos es no(s)-otros), las ciencias sociales pueden verse como resultado y parte de ese despliegue. Por ello la crisis descolonizadora de la conciencia burguesa (unida a la disolución de los demás supuestos basados en el proyecto moderno) no podía implicar otra cosa para la teoría social que la necesidad de superar las tentaciones subjetivistas u objetivistas y la obligación de administrar el re-conocimiento de las diferencias externas e internas. Algunos importantes autores, como Bourdieu, Giddens o Habermas, interpretaron esta situación como un momento de reconstrucción de la teoría social, pero una reconstrucción interna a los parámetros modernos originarios.

La gran implicación de las ciencias sociales en el despliegue de la modernidad hace comprensible, por otro lado, que hoy día, enfrentados a la enorme dificultad de desarrollar unas teorizaciones y unas técnicas cuyos fundamentos se desvanecen, los y las científicas sociales estén tentados a esconderse tras el acartonamiento académico y el ganapán de la profesionalización en el mercado o a lanzarse al vacío de los "tertulianos".

Sin embargo, ni esta salida de los científicos y profesionales, ni aquellas reconstrucciones emprendidas por los teóricos, responden completamente a la radicalidad del cambio de contexto, de texto y de supuestos que ha acaecido. Los teóricos tendrían que hacer frente, además de a los distintos problemas señalados y al localismo (occidentalista) de su teoría social, supuestamente universal, al hecho de que las principales oposiciones binarias que han alimentado las ciencias sociales modernas (ciencia/ideología, hecho/ficción, razón/sentimiento, mente/cuerpo, masculino/femenino, etc.) son en gran medida arbitrarias, inestables y reversibles. A los y las demás, que pretenden seguir con la profesionalización, realizándola de modo asentado y estable, las dificultades se les revelan en su propia experiencia, están ahí, en medio de su vida. Quienes pretendan seguir buscando modelos universales en el ámbito teórico se encontrarán, como dice Bauman³, teniendo que probar primero lo insostenible del relativismo que se extiende y eliminar las sospechas de dogmatismo, etnocentrismo o imperialismo intelectual que recaen sobre su propósito. Quienes tienen su principal área de trabajo en la investigación empírica se encontrarán con que a duras penas se mantienen ni el análisis estadístico de 'tendencias masivas', ni la uniformización del objeto de estudio, por no hablar de la financiación estatal o privada que han venido sosteniéndolas, ni de la transformación material del objeto de investigación (¿sociedad de la información?).

El agotamiento del proyecto ilustrado de la modernidad, el agostamiento de la fe en el progreso, en el futuro o en la utopía revolucionaria y el desmoronamiento de la conciencia e identidad burguesa han producido un desgarramiento irreparable en el supuesto de la existencia de una razón o racionalidad universal, de un sujeto autónomo y de una historia o evolución orientada, esto es, en los supuestos fundantes de las ciencias sociales, que se manifiestan en todos los ámbitos y niveles en que éstas se despliegan.

Que el problema sea más profundo y radical de lo esperado no quiere decir que no tenga solución, sino que ésta ha de ser tan profunda y radical como el problema mismo. Así, por ejemplo,

2. - M. Maffesoli. *El conocimiento ordinario*. México: F.C.E., 1993, 24.

3. - Z. Bauman. "Is there a postmodern Sociology?". S. Seidman (ed). *The Postmodern Turn: New Perspectives in Social Theory*. Cambridge (UK): Polity, 1994, 196-7.

que la ciencia haya perdido su privilegio epistemológico *a priori* y que se hayan disuelto los soportes de las ciencias sociales no tiene por qué impedir que haya un conocimiento social riguroso que supere el (aparente) relativismo absoluto. Pero la profundidad del problema sí obliga a que para que la teoría social pueda acometer ese camino deba antes afrontar algunas cuestiones como las señaladas por Nicholson⁴: rechazar que la historia humana pueda ser captada bajo una única gran narración; admitir que las tesis sobre la realidad social y sus criterios de verdad están íntimamente ligadas con estrategias particulares de poder; y reemplazar en el papel estelar al sujeto individual y sus contenidos de conciencia por la realidad intersubjetiva del lenguaje. A éstas habría que añadir otras, como la necesidad de deshacer el universalismo (occidentalista) que ha anulado la diversidad, multiculturalizando la teoría⁵. Acometer tales cuestiones exige abandonar las estrategias dilatorias y falsamente protectoras.

Dicho de otra manera, las ciencias sociales son uno de los principales mecanismos retóricos, esto es, poético-políticos, de construcción de lo social. Son textos constitutivos de ese contexto-general o hipertexto que es la "realidad social", que se despliegan y contraen siguiendo los principales ejes y dinámicas de este hipertexto. De ahí que en el caso de la teorización social, habiendo sucedido un cambio radical en tales ejes y dinámicas, se hace necesaria una reescritura que la transforme profundamente, empezando por vencer las fuertes resistencias a admitir la gravedad del problema. Aquí nos limitaremos a hacer especial referencia al modo en que éste afecta a aquellos desarrollos teóricos que no reniegan de la actitud crítico-emancipadora ni de la pretensión de un conocimiento riguroso.

3. Propuestas que nos desvían del problema central: las resistencias del intelectual

Se han planteado numerosas estrategias para minimizar, negar u ocultar este cuestionamiento de las condiciones de posibilidad de la Teoría social en general y de la Teoría social crítica en particular. Voy a recordar aquí sólo una de ellas, la que se anuda en torno a la figura del intelectual, pues es ésta una de las más directamente afectadas por la postmodernidad.

En este caso, además, la estrategia defensiva adopta versiones especialmente virulentas entre las jóvenes promesas de las diferentes escuelas, que no están dispuestas a que, tras el enorme esfuerzo de disciplinamiento realizado, se les cuestione el valor de uso de sus conquistas y se les muestre la crítica situación de la élite intelectual a la que por fin han llegado. Sirva como ejemplo la actitud de L. Wacquant, aventajado discípulo y previsto heredero de Bourdieu y profesor titular de Sociología en la Universidad de Berkeley, que acusa⁶ a la figura del académico post-moderno de unirse mediante "la mala fe y la inutilidad social" con el modelo del profesional positivista para hacer pinza sobre los intelectuales y contribuir a su reclusión en un cubículo. Según Wacquant (*ibid.*) aquella figura se habría "nutrido del progresismo judío neoyorquino" —¿será eso malo?— y vendría a incluirse en "el onirismo pseudopolítico de adeptos a la nueva retórica izquierdizante de campus" —esto sí debe de ser malo, ¿no?—. Las dos únicas críticas que hace con claridad son una tergiversación de las propuestas postmodernistas mínimamente serias. En primer lugar, en estas propuestas ni se denigra la razón, lo que se cuestiona es su universalización, ni se absolutiza ahistóricamente las identidades fragmentadas y plurales, a las que sí se reconoce su predominio. En segundo lugar, y sólo en algunos casos, puede decirse que la pretensión sea sustituir el trabajo de investigación y reflexión colectivo por "la invocación de la trinidad *gender-class-race*", "la loa beata de los valores de individualidad, diferencia, heterogeneidad, localismo y pluralismo" y la admisión de la interrelación entre "saber" y "poder", pero incluso esto sería una propuesta teórica que podría ser considerada.

4. - L. Nicholson. "On the Postmodern Barricades: Feminism, Politics, and Theory". S. Seidman y D.G. Wagner (eds.) *Postmodernism & Social Theory*. Oxford (UK): Blackwell, 1992, 82-3.

5. - Cfr. E. Lamo de Espinosa. *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*. Madrid: Ediciones Nobel, 1996, 75

6. - L. Wacquant. "La miseria de los intelectuales norteamericanos". *El Urogallo*, nº 120 (Mayo 1995), 55.

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

Tanto en este caso como en el de aquellos autores más establecidos (Habermas, Callinicos o Eagleton, por ejemplo) que adoptan formas algo más moderadas, lo que estas actitudes manifiestan es, en gran medida, una situación de frustración entre los teóricos sociales y una desorientación, que forman parte de la crisis general de los intelectuales. Precisamente Z. Bauman ha defendido⁷ que el concepto de postmodernidad tiene como referencia específica la nueva situación de "crisis de estatus", "estar-fuera-de-lugar" y "ansiedad" que afecta a los intelectuales y que se manifestaría bajo la forma de tres principales pérdidas:

a) Pérdida de legitimación. La estructura global de dominación, que era el colonialismo, proporcionaba la evidencia y el soporte material sobre el que se edificaba la auto-confianza de los portavoces occidentales como sujetos de la universalidad de normas cognitivas, éticas y estéticas. El desmantelamiento del colonialismo ha dejado a esos sujetos en una posición de difícil ingenuidad, etnocentrismo insostenible o renuncia respecto a la búsqueda de esas normas universales, que ahora aparece como una posición gratuita, irreal y equívoca.

b) Pérdida de valor en el mercado. La legitimación aportada por los intelectuales al estado burgués, que tan necesaria le era en su ruptura con la tradición, es sustituida ahora por la seducción (de los consumidores mediante su dependencia del mercado) y la represión (de los márgenes). El desinterés por la aportación de los intelectuales lleva a los poderes a un abandono del campo cultural, que implica más autonomía para los intelectuales a cambio de menor influencia y mayor vacío. En la mayoría de las universidades occidentales esto se vive de manera especialmente trágica.

c) Expropiación y marginación dentro de un espacio considerado como propio. El ámbito de la cultura (educación, arte, ciencia) deja de ser dominio de los intelectuales y, en su ocupación y extensión con la consumista cultura de masas, pasa a estar regida por el mercado y no por las academias (convertidas en mausoleos). Hasta la educación puede terminar convirtiéndose, con las nuevas tecnologías, en una de las formas de auto-entretenimiento.

Es innegable la ambigüedad del término "intelectual", que agrupa distintos conjuntos de actividades sin más razón que un oscuro parecido de familia, así como el hecho de que ello puede facilitar la estrategia de decir que la crisis afecta sólo a algunos de esos conjuntos o modos de actividades. Por ejemplo, se puede aprovechar la diferencia entre la figura del maestro pensador decimonónico y el comentarista documentado y mediático del acontecimiento, para afirmar, como hace E. Lamo (1996: 187-218), que sólo la primera figura ha quedado agostada. Pero aquí cabe la duda de que con el agua sucia se haya ido también el bebe por el desagüe⁸ o de que estemos ante una mera estrategia dilatoria mientras se asimila la desaparición de una posición privilegiada de interlocución de la verdad, el gusto y el juicio político, es decir, se asimila el fin del intelectual como "agente de la Razón" y el fin de la cultura europeo-occidental como la cultura "natural". Algo parecido sucede cuando, dentro de la teorización social, se afirma que la imposibilidad de continuar afecta a los modos adoptados por los otros, afecta sólo a quienes siguen determinada escuela o tradición. Así le ocurre a tantos que se limitan a concluir el fin de la figura del intelectual tecnócrata (positivista).

El problema es que este tipo de estrategias también aparece entre quienes, como Bauman⁹, han sabido apreciar tanto las insuficiencias y el acabamiento de los modelos (modernos) del intelectual "legislador", capaz de arbitrar con autoridad en las controversias estéticas, epistemológicas y políticas generales, como las insuficiencias y la emergencia del modelo (postmoderno) del

7. - Z. Bauman. "Is there a postmodern Sociology?", *Op. cit.*, 187-194.

8. - ¿Qué queda de la figura del intelectual si le quitamos el hecho seminal de que aglutina a diferentes profesiones, por encima de sus ocupaciones cotidianas o técnicas, y en ello radica su implicación con los asuntos públicos y su firme voluntad de tratarlos de un modo racional y general?

9. - Cfr. Z. Bauman, *Legislators and Interpreters*, Cambridge (UK): Polity, 1987.

intelectual "intérprete", obligado a hacer de intérprete o traductor entre distintas culturas, comunidades o localidades. A quienes adoptan este tipo de estrategia sólo les quedará o aferrarse, únicamente por el propio interés, a una figura del intelectual, cuya universalidad es local y queda así vaciada de contenido, como hará Rorty, o pretender insuflarle un contenido moralizante que sólo alguna voluntad sostiene, como viene haciendo el último Bauman.

La crisis de la intelectualidad no reside sólo en el abandono de los sueños modernos de universalidad, con sus consiguientes privilegios y prerrogativas, sino que afecta de lleno a la autorreproducción de las ciencias sociales. Estamos ante una crisis cuya extensión y gravedad rebasa los límites de cada una de estas disciplinas. Es una situación que, según Kellner¹⁰ "tiende a subvertir las fronteras entre disciplinas y a asentarse a veces sobre una extravagante variedad de disciplinas, discursos y posiciones. (...) Cuestiona así radicalmente la disciplina y los límites previos de la teoría social". Pero eso no debe amedrentarnos, pues toda crisis, como bien representa el ideograma chino que la nombra, es a la vez fin y principio, fracaso y oportunidad, muerte y nacimiento. Como dice Bauman¹¹, en este caso "puede ser vista o como síntoma de retirada y derrota o como signo de maduración". Y para discernir cuál de las dos opciones prevalece no queda ya más camino que el que nos lleva hacia el centro del problema.

4. La forma del dilema

La teorización social se encuentra no sólo con la imposibilidad de una fundamentación universalista sino incluso, si se sigue pensando bajo los mismos parámetros modernos, con la dificultad de su justificación y el cuestionamiento de su posibilidad, especialmente en sus versiones críticas. Más aún, el desbaratamiento de las grandes narrativas arrastra consigo el supuesto de una mente universal asentada en, o a la que tendría acceso, un sujeto cognoscente y racional, sea éste individual o colectivo. En su lugar aparecen ahora múltiples mentes y sujetos que ocupan diferentes posiciones sociales y tienen distintas genealogías. Con el pivote que ofrecía el sujeto también declina el supuesto de una identidad estable, única o coherente y se pierde la idea de un principio central y organizativo que gobernara la sociedad. De esta manera, a su cuestionamiento como forma de conocer une la teoría social serias dudas sobre la conformación del sujeto y del objeto de ese conocer.

Por si esto fuera poco resulta que ya no nos es suficiente con tomar conciencia de nuestras propias dificultades, porque la tesis de que la autoconciencia de nuestra situación permitiría completar la comprensión histórica resulta egocéntricamente grotesca y filosóficamente rechazable. Tampoco nos libera de esta situación el marcar su historicidad, esto es, su ubicación espacio-temporal, pues aunque la postmodernidad resultara ser un período históricamente transitorio, el hecho es que actualmente nos da las coordenadas de acción y nos marca la imperiosa necesidad de encontrar nuevo asiento a la teoría social crítica.

Si en general sólo podemos cambiar y transformar porque, en cierta forma, continuamos una tradición y ésta sólo sobrevive porque se van introduciendo en ella los ajustes y cambios necesarios, parece que sólo reconociendo el final de nuestra tradición (moderna o modernizadora) podríamos recuperar las fuentes que la han alimentado. Sólo desvelando la imposibilidad del desvelamiento universal y el velamiento de relaciones de dominación que soportan el arrogante juego del desvelamiento seremos capaces de seguir buscando un conocimiento más fidedigno y liberalizador. Sólo cuando apreciemos que las disputas científicas son la continuación de las luchas políticas con otros medios, y viceversa, seremos capaces de mantener la consideración por la ciencia. Sólo si aprendemos a ver en las transformaciones, la movilidad y la mezcla, la base que nos estabiliza e identifica seremos capaces de habitar consciente y moralmente espacios tan peñados de

10. - D. Kellner. "Postmodernism as Social Theory: Some Challenges and Problems". *Theory, Culture and Society*. Vo. 5, nº 2-3 (1988), 241.

11. - Z. Bauman. "Is there a postmodern Sociology?". *Op. cit.*, 188.

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

riesgos como son los juegos de localización-globalización y enraizamiento-desenraizamiento (que constantemente multiplican los cambios económicos y hacen proliferar los centros de poder); los secuestros de las experiencias fundamentales (que se producen por parte de los sistemas expertos de control, atención y administración); y la fragmentación histórica y personal (a que nos lleva la multiplicación de narrativas, estilos-de-vida e identificaciones actuales). Pero todos estos desplazamientos parecen excesivamente paradójicos o contradictorios. Nos plantean un dilema.

La gravedad y profundidad del problema es de tal magnitud que para afrontarlo e intentar una alternativa post-ilustrada se requiere, como indica Seidman¹² que haya, o se presuponga que hay, un cierto nivel de movilización social. Para ello, especialmente cuando nuestro empeño es una teoría social crítica, hace falta poner en movimiento y sintonía voluntades de teóricos sociales. Y la mejor forma de lograrlo es el contagio, la transmisión de una desazón vivida, de una inquietud que es intelectual y política, profesional y personal, que es de otros y es mía. Por ello el modo de expresarlo y la forma en que se presenta, es el de un dilema vital.

Simplificando en exceso podría decirse que el dilema surge de la tensión entre una necesidad y la conciencia de su imposible satisfacción: surge de la imposibilidad de dejar de intentar lo que, en principio, o con ciertos principios, aparece como imposible: es la paradoja de no poder dejar de intentar lo que parece imposible. Nos encontramos arrastrados por una *necesidad* que, sabiéndose *imposible de satisfacer*, se vive como *ineludible*: lo imposible como ineludible:

[NECESIDAD] El aliento de cualquier teorización social crítica procede de su pretensión de incrementar constantemente la emancipación y la iluminación de los seres humanos, necesita el sueño (¿ilustrado?) como el aire que respiramos:

-¿Cómo abandonar la pretensión de profundizar en el conocimiento de la naturaleza de las cosas?. ¿Cómo dejar de seguir peleando, como Galileo y Bruno, por el orden y la claridad que la razón científica introduce en nuestras vidas, por la objetivación, generalización y capacitación que nos da el poder conocer la "realidad"?

-¿Cómo abandonar la lucha política contra las diferentes formas de dominación? El autogobierno de los hombres y mujeres sigue siendo un fin irrenunciable. Sigue habiendo muchas bastillas que asaltar, muchas desigualdades (de género, de clase, de etnia, etc.) que combatir y algunas conquistas que defender.

[INSATISFACIBLE] Y sin embargo, parece innegable que tanto el impulso de la primera ilustración, esto es, de la ilustración cientísta y liberal, cuanto el entusiasmo de su prolongación dialéctica en la ilustración materialista y revolucionaria, están hoy agotados. En cualquiera de las mezclas posibles, el naturalismo y el socialismo parecen hoy heridos de muerte, al menos en todas las versiones hasta hoy conocidas:

-La fundamentación epistemológica de la ciencia se viene diluyendo en el fluido de su estudio histórico, sociológico y antropológico. El relativismo y los intereses inconfesados parecen haber desplazado al objetivismo y a la neutralidad.

-La debacle económica o social, cuando no ideológica también, de la mayoría de las realizaciones del sueño del control humano de la vida, así como la puesta en evidencia y en cuestión de estructuras de dominación que colisionan con la mera lucha de clases, han producido un brusco desmoronamiento de ese sueño y de la legitimación universal que procuraba.

Da la impresión de que finalmente se ha desecado del todo la fuente (divina, por supuesto) de la que en última instancia manaba la justificación de cualquier moralidad de emancipación y de toda ilusión por alcanzar el punto de vista objetivo o universal.

[INELUDIBLE] Pero, resulta prácticamente imposible dejar de pensar que tenemos razones para decir que esta posición, o esta acción, es más emancipadora o menos injusta que aquella, y que en algún lugar habrá pruebas empíricas y teóricas suficientes como para defender que, por ahora, ésta es la mejor descripción o explicación de estos hechos.

12. - S. Seidman. "The end of sociological theory". S. Seidman y D.G. Wagner (eds.) *Postmodernism & Social Theory*. Oxford (UK): Blackwell. 1994, 20.

En mi propio caso y referidos a este texto, se me hace imposible dejar de buscar argumentos, pruebas y evidencias con las que intentar convencer al lector/a de que el único modo de asumir nuestra herencia, aquella que nos constituye, es mirando de frente a la debacle de la mayoría de sus contenidos fundamentales, asumiendo su propia desconstrucción. Me gustaría afirmar que todo lo que necesitamos es despertar del sueño (moderno) que nos ha guiado, disolverlo viéndonos simultáneamente al final y al principio del proceso científico-político y del socio-tecnológico. Pero cómo despertar de un sueño cuyo línea argumental consistía (o consiste) en ir produciendo un despertar tras otro. No es de extrañar que este estar encerrados en una circularidad del dormir y el despertar (remedo quizá de la sensibilidad barroca) haya sido argumento central de conocidas películas de la pasada década, desde *Desafío Total* hasta *The Matrix* o *ExistenZ*. En todas ellas, películas de ciencia ficción que tienen en los desarrollos tecnológicos un ingrediente central, se nos pone en una situación en la que finalmente no sabemos si estamos dentro o fuera del juego virtual, del sueño. En tanto sigamos tomando como punto de referencia el sueño de progreso, el sueño de romper con el pasado, de despertar de una tradición cegadora, seguiremos atrapados en una paradoja pragmática, en un dilema vital. Nos encontramos con una inquietud histórica que se presenta como dilema: la imposibilidad de dejar de intentar lo que parece imposible.

5. El abanico de posibilidades: cínicos, cómicos y clínicos

En esta tesitura, al conocimiento social no le queda más remedio que desplazarse a un nuevo y desconocido terreno, en el que, por ejemplo, la hibridación del empirismo con propuestas morales y de la abstracción analítica con la narración y la retórica sean mecanismos habituales de constitución discursiva. Pero para llegar a ese territorio hay que pasar por y salir del dilema en que estamos inmersos, porque no es una cuestión meramente teórica o científica, sino un problema (central) en una forma de vida como la nuestra, que ha hecho del conocimiento científico el eje central de sentido y orientación.

Incluso aunque Baudrillard tuviera razón al señalar el nihilismo de la disolución creciente de sentidos y significados, el final del sujeto y la paulatina desaparición de lo social como rasgos de la postmodernidad, podríamos decir con él mismo¹³ que la cuestión entonces sería probablemente "jugar con los vestigios": la postmodernidad como un intento desesperado de aprender a vivir y a pensar con lo que nos va quedando; como un intento de supervivencia antes que nada. Por eso nuestra pregunta es ¿cómo puede sobrevivir en la postmodernidad una teoría social crítica?

Es necesario cruzar el piélago relativista, turbio y hasta peligroso de la problemática postmoderna si queremos buscar alguna continuidad a la teorización social. "A la larga, las mezclas turbias no son agradables; allí donde 'todo marcha', todo resulta igual, pero precisamente por allí hay que pasar"¹⁴.

La respuesta a qué vías son posibles para tan señalado tránsito y cuál de ellas emplear va a depender en cierta medida de la formulación de la situación (=problema) de la que se parta y de la opción que finalmente se quiera proponer. No obstante es fácil hacer confluír otras descripciones con la que aquí propondré, como lo prueba, por ejemplo, el abanico de opciones que Z.Bauman¹⁵ abre, una vez que ha definido el problema como una crisis de estatus de los intelectuales que afecta a todos los niveles de la Sociología. Indica Bauman dos opciones postmodernas: una, de inspiración hermenéutica, convertirla a la Sociología en la habilidad para interpretar, soslayando el logro de la verdad, pero enriqueciéndonos con la comprensión del sentido de experiencias ajenas; la otra extrema el argumento del pluralismo y la indiferencia (¿o irrelevancia?) para encerrarse en el propio discurso, su pulimento y reproducción, y convertirse en el cíni-

13. - J. Baudrillard. "On Nihilism", citado en D. Kellner "Postmodernism as Social Theory", *Op. cit.*, 248.

14. - P. Sloterdijk. *Crítica de la razón cínica*. Madrid:Taurus,1989. Vol. I, 130.

15. - Z. Bauman. "Is there a postmodern Sociology?". *Op. cit.*, 198-9.

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

co "equivalente sociológico del arte por el arte". A éstas opone (p. 202) una tercera vía, cuya estrategia consistente en seguir la moderna receta de volver la opacas opciones individuales o generales en transparentes reflejos de procesos sociales, como si lo único que hubiera cambiado fuera el objeto de estudio.

Volviendo al cuestionamiento general de las ciencias sociales, podemos ver cómo estas tres vías de lo "transformista", lo "cínico" y lo "neo-moderno" reaparecen en las opciones atisbadas por los defensores de las coordenadas postmodernas, aunque su misma condición hará que la primera vía se radicalice y pierda el resabio modernista de la metodología comprensiva. Siguiendo la propuesta de Lyotard en *La Condición Posmoderna*, la mayoría de los defensores de la postmodernidad suelen partir de una división básica en dos tipos de posibilidades. Una convertiría a las ciencias sociales en instrumentos de control burocrático. La otra, una vez admitida la ausencia de categorías universales y la interpenetración de poder y saber, les aplicaría algún tipo de estrategia pragmática, que vendría a permitir el desarrollo de investigaciones históricamente contextualizadas. Así hace, por ejemplo, S. Seidman¹⁶, que habiendo definido la postmodernidad sociológica como la pérdida de toda fundamentación universal y el descentramiento del sujeto y del mundo social, apunta a que, dentro de ese segundo tipo de posibilidades, se podría diferenciar entre quienes, como J. Clifford o R. Brown, reducen estas ciencias a una labor retórica y su objeto (la sociedad) a algo básicamente simbólico, y quienes, como N. Fraser y L. Nicholson, están dispuestos a profundizar en las heridas abiertas para generar otras estrategias conceptuales y otras lógicas de explicación y comprensión.

Las tres formas distintas de afrontar la situación se apuntan también cuando S. Harding¹⁷, en su empeño por construir una epistemología feminista (*feminist standpoint theory*), parece acusar de cinismo a quienes, como los defensores del "programa fuerte" en Sociología del conocimiento, niegan que sea científicamente problemático el asumir un relativismo absoluto y la reducción al descriptivismo. El descaro de asumir esas consecuencias oculta que de hecho reproducen acríticamente supuestos modernistas, como es el identificar ciencia con conocimiento riguroso, occidental y moderno o el pensar que si no hay acceso a la verdad no hay posibilidad de conocimientos menos FALSOS¹⁸. Es más, aprecia una actitud próxima a ese cinismo en quienes, a estas alturas, siguen separando la fundamentación filosófica de la ciencia de su constitución socio-histórica, al modo ilustrado.

Frente a estas actitudes defiende otras que, conscientes de la imposibilidad de identificar fundamentos transhistóricos del conocimiento, encaran el establecimiento de las causas histórico-sociales y de las buenas razones por las que se adoptan determinadas creencias científicas como la mecánica newtoniana o cierta teoría social. Lo que ocurre es que en este punto el *feminist standpoint* oscila entre la repetición de un hegelianismo de género, que encuentra en las mujeres el sujeto privilegiado de la historia, y la asimilación y consiguiente transformación dolorosa de la fragmentación de la observadora y de la pérdida del sueño modernista.

Hasta aquí se puede hablar de la tendencia a confluir en un conjunto de tres posibilidades: una sería aceptar cínicamente las consecuencias de la nueva situación postmoderna; otra consistiría en la aplicación reiterada de alguna estrategia moderna para salir de la nueva situación; y la tercera vendría a consistir en la transformación de las lógicas precedentes mediante algún tipo de "terapia autorreflexiva".

Más allá de estas confluencias, que me ayudan a establecer tres tipos generales o ideales (en sentido weberiano) de vías o posicionamientos, cada uno de los cuales incluirá diferentes con-

16. - S. Seidman. "The end of sociological theory". S. Seidman y D.G. Wagner (eds.). *Postmodernism & Social Theory*. Op. cit., 7-17.

17. - S. Harding. *Whose Science? Whose Knowledge?*. Ithaca (NY): Cornell U.P. 1991, 168-172.

18. - S. Harding. Op. cit., 186-7.

juntos de actitudes, voluntades y estrategias, la principal justificación de esta tipología se encontrará en la utilidad y en la claridad que nos procure. Ello no quita que, en primer lugar, a la hora de especificar los tipos me haya guiado por el hecho de haber equiparado el problema con un dilema vital, ni que, en segundo lugar, al elegir la denominación de cada tipo me haya inspirado en una distinción hecha por Bourdieu y en una sugerencia formulada por Latour.

Que el problema se formule como un dilema vital pide que la actitud, la voluntad y la imaginaria adoptadas sean definitorias en la vía que se vaya a seguir. Consecuentemente en cada caso me he fijado en aquel de estos elementos que pudiera resultar más específico respecto de los otros tipos y más común a las posiciones concretas incluidas en cada tipo. El resultado ha sido una clasificación un tanto "chino-borgiana", ya que el primer tipo se caracteriza por una actitud específica (vía cínica); el segundo por adoptar y configurar una imaginaria característica (vía cómica); y el tercero por manifestar una voluntad particular (vía clínica o terapéutica).

En un excelente trabajo de reflexión sobre su propia obra y el papel de la Sociología en general, elaborado en compañía de L. Wacquant, Bourdieu afirma¹⁹ que, querámoslo o no, el análisis científico del mundo social es susceptible de dos diferentes lecturas o usos:

Por un lado, usos que se puede llamar *clínicos*, tales como los que acabo de evocar con la idea del socioanálisis, en los que se trata a los productos de la ciencia como instrumentos para una auto-comprensión desprovista de auto-complacencia; y, por otro lado, usos que pueden denominarse *cínicos*, porque consisten en buscar en el análisis de los mecanismos sociales herramientas para ajustar la conducta de uno mismo al mundo social (eso es lo que algunos de los lectores de *La distinción* hacen cuando la tratan como un manual de etiqueta) o para guiar las estrategias personales en el campo académico.

La sugerencia planteada por Latour se deriva de su hipótesis²⁰ de que la modernidad se ha alimentado de una dinámica paradójica, a saber, de la realización incesante de dos conjuntos de prácticas, que son inversos o contradictorios pero mutuamente necesarios: el aumento de la separación entre el polo sujeto (lo humano) y el polo objeto (lo natural) y la producción de nuevas redes e híbridos (los fenómenos) que comparten ambas naturalezas y a los que se niega una existencia auténtica. Desde la distinción entre el Leviatán de Hobbes y la bomba de vacío de Boyle hasta la hiperinconmensurabilidad de los postmodernos, que manifiesta la imposibilidad de continuar con esa dinámica contradictoria, la separación entre la naturaleza y la sociedad y la producción y negación de las mediaciones habrían ido creciendo (Kant, Hegel, Fenomenología) hasta producir una tensión insuperable. A partir de ahí, y hasta los postmodernos, dice Latour:

La continuación de esta historia adopta un giro involuntariamente *cómico*. A medida que la gran brecha se va abriendo, la historia se asemeja a un número de equilibrio [...].

Piensan que no hay, ni debe haber mediadores. En el lado de los sujetos inventan el habla, la hermenéutica, el significado, dejando que el mundo de las cosas vaya lentamente a la deriva en su vacío. En el otro lado del espejo, por supuesto, los científicos y los tecnócratas adoptan la actitud simétrica. Cuanto más tira de su hilo la hermenéutica, más tira del suyo el naturalismo. *Pero esta repetición de las divisiones de la historia se convierte en una caricatura*: E.O. Wilson y sus neuronas por un lado; Lacan y sus analizados por el otro. [...]

Es todavía peor cuando se defiende el proyecto moderno contra la amenaza de la desaparición. [...] Habermas estima que el peligro supremo surge de la confusión entre los sujetos que hablan y piensan y la pura racionalidad científica y técnica permitida por la antigua filosofía de la conciencia. [...] Si hay alguien que se ha equivocado de enemigo es claramente este kantismo desplazado en pleno siglo XX que se esfuerza en ensanchar el abismo entre los objetos conocidos por el sujeto, de un lado, y la razón comunicativa del otro. (pp. 92-4)

19. - P. Bourdieu y L. Wacquant. *An Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago (IL): Chicago U.P. 1992, 220-1.

20. - B. Latour. *Nunca hemos sido modernos*. Madrid: Debate. 1993, 24-6.

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

A tenor de todos estos antecedentes diremos que en la teorización social hay tres tipos generales de posicionamiento ante el dilema planteado por el nuevo contexto postmoderno:

- El cínico, que se caracteriza por la actitud de aceptar distanciadamente las consecuencias de la nueva situación, limitándose a instrumentalizar las estrategias cognitivas existentes para asegurar el dominio o la supervivencia. Es un posicionamiento que, teniendo dos caras bien diferenciadas, pretende hacer pasar abiertamente por admisible lo que es un entreguismo inadmisibile. Ya que hablamos de un dilema vivido, si hubiera que atribuirle una tendencia psicológica de los casos extremos, podríamos pensar en una psicótica denegación de la realidad.

- El cómico, caracterizado porque genera una imagería y una imagen cómicas (caricaturescas, ridículas, etc.) al aplicar reiteradamente una estrategia que es ya insostenible o contradictoria con el medio y que produce una situación absurda. Como bien han utilizado los maestros del cine cómico, la repetición de un acto que no concuerda con el contexto (fallido o absurdo) o que resulta desproporcionado con el fin que persigue produce una y otra vez la risa del espectador. Es ese camarote desde el que, mientras Groucho ordena el desayuno, tras cada petición, ya de por sí sustanciosa, sus hermanos van reclamando una y otra vez dos huevos duros (tras diferentes tipos de huevos, tras filetes en diversos puntos de preparación, tras pastelitos franceses, tras bizcochos borrachos, etc. siempre se reclama "y dos huevos duros"). Es la amada de Buster Keaton echando continuamente pequeñas astillas a una vieja locomotora que precisa grandes cantidades de madera para mantener la velocidad y poder huir del poderoso ejército norteamericano que les persigue. Es Charlot intentando escapar de la policía de forma desesperada y habilidosa, pero finalmente inútil. Es pedir más de lo mismo, cuando ya no hay, nos sobra por todas partes o no viene al caso. Si hubiera que atribuirle una tendencia psicológica extrema podríamos pensar en una neurótica compulsión a la repetición.

- El clínico, caracterizado por una voluntad terapéutica de transformación de las lógicas precedentes y la realización de un socioanálisis reflexivo no complaciente. Este posicionamiento supone asumir el estado de fragmentación de los universales que nos guiaban y el desgarramiento de nuestra más íntima identidad, como una situación que nos obliga a una convalecencia en la que nos (de- y) re-constituamos analítica, mental y moralmente. De aquí que la tendencia psicológica extrema podría tener los rasgos de una esquizofrenia capaz de habitar la fragmentación identitaria y de vivir lógicas alternativas.

Sí, efectivamente la conclusión es que no hay ya lugar seguro, del mismo modo que ya no queda ninguna posición inocente. Ni siquiera los buscadores incansables de la razón universal, los modernistas, se libran de emociones peligrosas y de tendencias psicológicas extremas, que en este caso serían y habrían sido, según Jameson²¹, la ansiedad, la angustia, el terror y el ser-para-la-muerte.

6. Un cinismo con dos caras

Desilusión y distanciamiento psicológico, esto es, cinismo, es un estado muy común durante toda la modernidad. Incluso hoy todos participamos de un cierto cinismo. Pero éste adquiere su expresión más extrema en el cruce que se produce en el nuevo contexto entre las peores consecuencias y las mayores capacidades de nuestra historia.

Por un lado, todavía se da la posición cínica tradicional que conlleva una distante aceptación de la decadencia de nuestra forma de vida y conocimiento. Como denegación o como tranquila aceptación, con una fría sonrisa dibujada en la cara, es una forma de resignación y una manera de permanecer en las mismas posiciones de poder sin atender a las patentes contradicciones. Por otro lado ha reaparecido otra vieja forma de cinismo: un cinismo escandaloso, que emerge cuando alguien intenta encarar directamente el problema, dilema o paradoja. Como el "kinismo" de

21. - F. Jameson. *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta. 1996, 143.

la escuela griega despliegan una serie de parodias, juegos, escándalos y posiciones peligrosas, que pueden llevarnos a abrazar las más terribles consecuencias.

El cinismo frío y *light* pertenece a aquellos teóricos sociales que permanecen en la "posición heredada" del criticismo como una cuestión técnica o metodológica. Una tesis que sólo puede defenderse sobre la denegación del derrumbamiento de sus principales supuestos. El neopositivismo, como el de la teoría social de J. Turner, y los cientos de científicos sociales que continúan con el negocio como si nada hubiera sucedido parecen los más claros usuarios de esta vía. Pero no muy a la zaga le andan desarrollos neofuncionalistas como la versión luhmanniana de la teoría de sistemas.

El trabajo de J. Baudrillard nos ofrece un caso patente del cinismo escandaloso. Allí donde desarrolla su teoría de la hiperrealidad, en la que el objeto social se diluye, las simulaciones desmontan todo tipo de realidad y de realismo y las representaciones y significados se desvanecen en el aire, la teorización social se encuentra con una mezcla de añoranza, vértigo y risa. Algunas propuestas de J.F. Lyotard, como el hacer del juego nuestro camino hacia las ciencias sociales, son también una especie de lámpara de Diógenes con la que buscar un ser humano en el medio mismo de la ciudad. Son, en cierto sentido, movimientos para despertar nuestra adormecida conciencia. Pero nada excluye que otro avisado cínico, como R. Rorty, los convierta en un mero recurso con el que los poderosos se limiten a reconocer la existencia de otras perspectivas, mientras todo sigue igual.

Los resultados positivos de esta alternativa son que, tras estos escándalos, es ya muy difícil negar el dilema que nos apresa y que la comodidad que introduce el cinismo frío ayuda a continuar momentáneamente en medio de terribles condiciones. Pero sus terribles consecuencias terminan por anularlos si nos mantenemos en esa vía, ya que terminan generando nuevas categorizaciones fijas, pero aún más localistas, y pueden conducirnos a una movilidad intelectual sin ningún tipo de resistencia o contrastación.

7. Algunos desplazamientos cómicos

Se puede encontrar una variedad muy amplia de posiciones cómicas. Aquí será suficiente con recordar las muchas y distintas formas que adopta una situación cómica, puede ser absurda, ridícula, patética, paródica, caricaturesca, etc., y que todas pueden ajustarse al rasgo principal de esta vía, esto es, a la reiteración, bajo condiciones imposibles y contextos radicalmente diferentes, de la misma solución, estrategia o movimiento modernos, de tal modo que no hay proporción entre lo que se termina logrando y los esfuerzos y expectativas que se han desplegado. Los gráciles y elegantes movimientos del pasado se toman absurdos, ridículos o contraproducentes.

Una de las principales puertas de acceso a esta vía se abre con las y los científicos sociales asentados en alguno de los dos paradigmas dominantes en las ciencias sociales del siglo XX: el marxismo y el estructuralismo más o menos funcionalista. En ambos casos esa apertura se produce como consecuencia de la misma estrategia: primero se centran en alguno de los modos excesivos o escandalosos del postmodernismo, como el de Baudrillard, o del relativismo, como el de Rorty; en segundo lugar, lo confrontan con alguna versión dura y algo trasnochada de la teoría social moderna; y finalmente emergen con la recuperación de una versión aligerada de las posiciones modernas previas, como si fuera cuestión de retoques. Así le ocurre a J. Alexander con respecto al funcionalismo y a T. Eagleton con respecto al marxismo.

Otro modo dominante de acceso a las posiciones cómicas es consecuencia de la prisa por continuar adelante, especialmente si se estaba en una tradición crítica. Incapaces de soportar el sentimiento de vértigo y la lenta y penosa reconstrucción de una red de supuestos abierta y diferente, saltan precipitadamente al reciclado, completamente injustificado, de algún modelo moderno. Este es el caso, por ejemplo, de Z. Bauman, que, a pesar de haber reconocido las restricciones impuestas por la postmodernidad a las condiciones y formas del conocer, da un salto, se sitúa

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

fuera del carácter global y vital de esa problemática y, como si flotara en un espacio exterior (ya inexistente), convierte a la postmodernidad en mero objeto de consideración.

Sin ningún género de duda el caminante más influyente de los que transitan por esta vía es J. Habermas. Como un Prometeo moderno ha estado dispuesto a que sus entrañas teóricas y políticas fueran devoradas una y otra vez con tal de salvar la opción crítica, y ello le ha llevado a mezclar ambas formas de acceso a las posiciones cómicas. Apremiado por su decisión de encabezar y reconducir el legado de la teoría crítica no se ha molestado en responder seriamente a las principales críticas vertidas sobre el proyecto ilustrado, incluyendo las provenientes de sus antecesores frankfortianos. Prefiere desarmar los retos postmodernos, aunque sea con el insostenible expediente de ligar a Foucault y a otros postestructuralistas con conservadores radicales como Carl Schmitt o Hans Jonas. Nada debe distraerle de su firme propósito de construir otro gran edificio teórico moderno, aunque el resultado sea una ahuecada y vacía sustentación faraónica/moderna (la teoría de la comunicación) de la teoría crítica.

Si alguien ha mantenido vivo el criticismo radical frankfortiano de los años treinta éste ha sido F. Jameson. Él si ha tomado la cuestión postmoderna de un modo serio y en toda su extensión. Sin embargo, en sus primeros escritos al respecto²², de los años ochenta, no tuvo todavía la calma suficiente para atravesar las zonas pantanosas de nuestro contexto e intentó, cómicamente, reproducir una metanarrativa marxista totalizadora, que incluso retenía una perspectiva histórica evolucionista y etnocéntrica. Se apresura por salir del dilema, pero se da cuenta de que se está limitando a mostrar la necesidad de intentar lo que parece imposible y, por ello, regresa circular y un tanto cómicamente a nuestra paradoja.

8. Hacia la vía clínica

Muchos de los desplazamientos cómicos generan herramientas relevantes para nuestra tarea, siempre que seamos capaces de desligarlas de los apresurados saltos a la posición correcta y que veamos los profundos cambios, casi clínicos, que su aplicación exige. A ello nos ayuda el propio Jameson, de quien se puede retener, por ejemplo, el objetivo instrumental de ir dotándonos de elementos para construir una cartografía de nuestro nuevo contexto²³, a la vez que nos fijamos en sus estudios y exigencias concretas²⁴, pues en ellas afloran procesos de transformación que claramente denominaríamos terapéuticos o críticos. Así nos podemos fijar en sus reflexiones sobre cómo las narrativas postmodernas tienen un eje espacial dominante y cómo ello le lleva a afirmar que debemos ser capaces de enfocar a dos puntos distintos simultáneamente, lo que implicaría un cambio en nuestra estructura perceptiva. Igualmente, cuando analiza los nuevos espacios emblemáticos, como el hotel Bonaventure de Los Ángeles, concluye que exigen un cambio en nuestros sentidos y órganos. El problema es que Jameson ha seguido envolviendo todo esto en un neomarxismo que cierra la posibilidad a una teoría social crítica construida sobre otro tipo de supuestos y nos devuelve al dilema.

No son, sin embargo, desplazamientos ociosos, pues nos vamos moviendo de una imagería cómico-crítica hacia una voluntad clínico-crítica. Necesitamos ralentizar aún más la búsqueda de una salida. El resquebrajamiento de la máscara de la "elección racional descarnada" y la desconstrucción de la "inmaculada percepción", como las restantes versiones del derrumbe de nuestros supuestos, deberían ser razón suficiente para poner nuestros mecanismos de orientación en situación de reposo. No es sólo que cualquier intento de teoría social, especialmente si es crítica, necesita clarificar su genealogía, sino que también debe explicitar las narrativas y la retórica que

22. - Cfr. F. Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona: Paidós, 1995 (e. o. 1984).

23. - F. Jameson. *El posmodernismo o la lógica...* Op. cit., 111-21.

24. - Cfr. F. Jameson. *Teoría de la postmodernidad*. Valladolid: Trotta, 1996. que recoge también F. Jameson, 1991.

despliega. Una teoría social crítica sin fundamentos modernos no será fácil. Tenemos que afrontar y limpiar la profunda herida de nuestra conciencia y de nuestra teoría. Para ello necesitamos encontrar prácticas terapéuticas, como la traducción entre códigos diferentes y la formulación híbrida de nuevos códigos en el seno de los mismos viejos discursos, y estrategias cautelares, como las formas irónicas de lograr un distanciamiento crítico allí donde ya no hay espacio exterior al monstruo sistémico.

En este punto podemos encontrar ayuda en las teorías feministas, algunas de las cuales llevan ya tiempo transitando esta vía. Con I. Young²⁵, por ejemplo, podemos admitir que no se pueden seguir defendiendo alegremente conceptos e ideales modernos como la "igualdad formal" o la "racionalidad universal", que reavivan una y otra vez el liberalismo y el etnocentrismo y alejan el razonamiento moral de la afectividad. Necesitamos una nueva forma de vivir como, y de pensar en los, agentes sociales, que rompa con la dominante lógica de la identidad. Necesitamos un modo distinto de vivir en, y de pensar sobre, los espacios sociales y públicos, haciendo que confluyan los espacios privados y emocionales con los públicos y racionales.

Una de las principales heridas es resultado de nuestra tendencia a ir más allá de la dicotomía entre relativismo y universalismo. Para dejar de reabrirla constantemente tenemos que deshacernos de la identificación entre verdad y conocimiento o prueba objetivos. Pero, como bien señala L. Nicholson²⁶, este antídoto exige la realización de una serie de tareas terapéuticas tales como las siguientes: desarrollar una noción fuerte de conocimiento situado y de "objetividad encarnada"; estudiar las multirrelaciones de poder-saber; leer y escribir en contra del esencialismo y de las categorizaciones cerradas que hemos heredado; y abandonar la esperanza de hallar la perspectiva o el discurso correcto.

Estas prácticas terapéuticas o curativas no son privativas de los grupos sojuzgados. No son sólo expresión de la necesidad de rehabilitación de quienes se encuentran situados en los márgenes, como mujeres, gentes de color, trabajadores descualificados u homosexuales, pues precisamente entre las figuras más rotas y heridas está la figura central del heroico sujeto moderno, siempre encarnado en un hombre blanco, occidental y heterosexual, de la que no queda más que una caricatura vestida con los colores de nuestro equipo o adornada con el volátil glamur de las estrellas de cine, y que muy probablemente además sea de otra clase, raza o género. De hecho, podemos referirnos a algunos elementos muy genéricos que aparecerían en cualquier propuesta de teoría social crítica capaz de asumir los retos y daños encontrados, independientemente de la centralidad o marginalidad del espacio desde donde se formulara. Las dos primeras son notas sobre la modelización teórica del ámbito que queremos analizar críticamente. La tercera y última afecta a la articulación de perspectivas:

- 1) El carácter fluido de la realidad social, líquido lo ha llamado Bauman²⁷, puede hacer más compleja la teorización, pero nos ayuda a visualizar formas nuevas o renovadas de resistencia social. Buscar formas fluidas de resistencia no implica en absoluto que éstas sean resistencias o planteamientos críticos más débiles o menos efectivos.
- 2) La implosión de las dicotomías modernas no es sólo un acontecimiento retórico o teórico (Derrida), lo que no sería poco, sino también una transgresión material de fronteras hasta ahora aparentemente inexpugnables, como las establecidas entre el cuerpo humano y la tecnología, entre la naturaleza y la cultura (D. Haraway), y un proceso de anulación de diferencias y separaciones entre lo científico, lo estético y lo político (S. Lash).

25. - I. Young, "Imparcialidad y lo cívico público", en S. Benhabib y D. Conella (eds.), *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, Valencia: Alfons el Magnànim, 1990 (e.o. 1987).

26. - L. Nicholson, "On the Postmodern Barricades: Feminism, Politics, and Theory", en S. Seidman y D.G. Wagner (eds.), *Postmodernism & Social Theory*, Oxford (UK): Blackwell, 1992.

27. - Z. Bauman, *Liquid Modernity*, Cambridge (UK): Polity, 2000.

VÍAS PARA UNA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

- 3) Una estrategia fructífera para intentar ver e investigar un espacio cambiante de tensiones, contradicciones, heridas y curas, como el nuestro, es lo que se ha venido denominando el multiperspectivismo²⁸. No es una simple aplicación mecánica del nuevo triángulo analítico (postmoderno), el de raza-clase-género, sino que busca articular diferentes y a veces contrapuestas dimensiones analíticas, sin ocultar las tensiones y sin pretender reelaborar la mirada omniabarcante o totalizadora.

La vía clínica para la recuperación de alguna forma de teoría social crítica es un proceso interactivo, dinámico y abierto de cambios radicales en nuestros marcos crítico-cognitivos de referencia, para el que un análisis psicoanalítico, una terapia de grupo, un complejo discurso multilingüe o un viacrucis cristiano no dejan de ser malas metáforas, insuficientes y, a veces, peligrosas aproximaciones.

En cierto sentido somos como náufragos del Titanic de la modernidad, intentando sobrevivir en las aguas oscuras y heladas de la postmodernidad, desorientados y heridos física y anímicamente. Por ello espero que algunos de los elementos referidos resulten orientativos y, si no terapéuticos, al menos higiénicos.

28. - Ver, por ejemplo, D. Kellner, *Media Culture*, London: Routledge, 1995, capítulo 3.